

DIFERENCIAS PARA
CUATRO MANOS

Rosemarie Waldrop



INVERNADERO

Diferencias para cuatro manos

Rosmarie Waldrop

Publicado originalmente en paradigm press,
Providence, 1984 y 1999

Buenos Aires-San José, 2017

Traducción de Elena Arguedas González
Cubierta y maquetación de Jeymer Gamboa

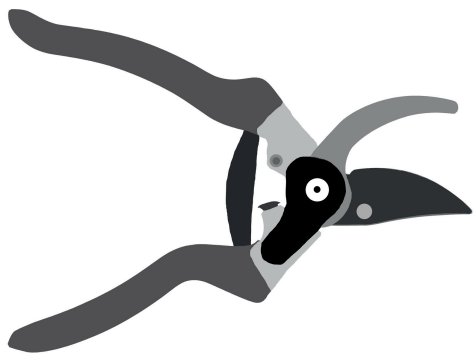
invernadero editorial, 2017

Edición:

Elena Arguedas González

Jeymer Gamboa

(Pequeñas ediciones de poesía, ensayo y artes
audiovisuales)



colección engranajes

1

para Michael Gizzi, su parte en esto

Nota: *Diferencias para cuatro manos* utiliza *Gesualdo* de Lyn Hejinian como matriz sintáctica. Una cita directa del libro ha sido apropiada para la voz de Robert Schumann.

I

CLARA Y ROBERT SCHUMANN,

UNA INTRODUCCIÓN

CLARA, TENGO QUE HABLAR CON VOS. Estas teclas son resbaladizas. La fama ladea tus dedos. Entre ellos, los pentagramas se quedan sin su breve felicidad y se pierden en el frío. Corré. Siete niños por la casa. El Rin hacia el mar.

Robert. Síntomas alarmantes, mayor frecuencia, el la a su alrededor, miedo a la muerte, ataques de temblor. Se sumerge, un la mayor en el río, y el movimiento es quietud, las orillas del Rin empiezan a fluir por la melodía restañada del agua.

Clara, tocá algo para nosotros. La interpretación finaliza y tu nombre vuelve a desaparecer del aire. Grabaciones ahora, por supuesto. Los sueños de surcos se baten hasta quedar rígidos. Nunca te sumergiste dos veces. Momentos mortales, clima de sangre. Un fuego que podría derretir nuestras almas, pero que da sombra, dulcemente, hacia el mar informe.

II

CLARA Y ROBERT, UN CORTEJO

CLARA Y ROBERT, dos talentos excepcionales, aquí en un daguerrotipo, sonriendo, un momento fijado entre ráfagas de música.

Clara, el nombre se ve bien en el cartel, que anuncia, excesivamente delgada, a la pianista de seis años, pero “con más fuerza que la de seis niños”.

Clara en el “quiroplasto” (para una postura correcta). Clara camina tres horas al día (acompañamiento: árboles) “para endurecer sus nervios”.

Robert enamorado, y el tiempo apremia:
“ya tiene catorce años, pero salta y corre
como una niña”.

Un plan compasivo: “Como no puedo
visitarte, mañana, a la una en punto, tocaré
el adagio y pensaré en vos. Si hacés lo
mismo, nuestros espíritus se encontrarán,
un movimiento oculto, en la pequeña verja
de Thomas o cerca de allí”.

Verde, verde pasto, ya con catorce años y
saltando y salvaje. Pero Robert vadea ríos
de ataúdes. El viento le llena los ojos de
agua. Un hermano no es inmortal, una
madre no se lleva alojada en la columna.
Solo el piano puede variar el tono de los
párpados amaratados, enfrentar el color con
las heridas, arcoíris en aire tenue. Ahí yace

el consuelo. Sólidas tablas de sueño. Sin embargo, desea estar fuera de lugar. Ya podemos ver la aflicción, los intensos y palpitantes torrentes de agua.

Clara es famosa y está de gira.

“Clara, Clara, pondré en orden mis acordes. Soy claro con respecto a mi corazón, temperamental e inquieto, roto, violento, improbable y probado. Es imposible: tu padre no puede negarse. Confío plenamente en mi música y en mis presentimientos de muerte. No puedo estar en el viento. Soy más como las persianas venecianas que como el calor o el frío. No obstante, a pesar de que decís que me amás, vas de gira con tu padre”.

Cólera en París, el recital cancelado por la precaución vacía. Pero Viena, Clara, allá das vuelta a las páginas. De la historia, la “Appassionata”, deseos, de quién y para qué, del padre Wieck, su pezuña hendida, su avaricia. Robert ofendido por la ausencia.

Te manda el pinchazo de una lapicera encontrada en la tumba de Beethoven, un sello oxidado sobre un sueño de aguas más extrañas que los cuerpos más profundos por venir. Suspiros metálicos, sabés que sostener una lapicera es algo solitario, no es una oración oxidada común. La cadencia continúa hacia el color. Completada por una lentitud introspectiva que no es ni sencilla ni suave. Robert va a los tribunales, una escala menor y una causa.

Clara, tus dedos van a la deriva, peces paralelos, a través de preludios y fugas. Hay tiempo, pensás, cada gota una promesa fresca y desnuda. Es terriblemente el tiempo de Robert, de atajos para dominar la técnica: una ardid exquisita, mecánica, el cabestrillo al cuarto dedo, una camisa de fuerza, los débiles sujetos rectos y quietos, nunca más moverá una tecla.

Él es todo nubes y sombras. Vacila cuando se detiene a pensar. Amenazado por ríos. Su búsqueda de la agitación se desvía, remolinos inquietos, fluido de ojos. Le gustaría estar quieto.

¿Renuncia a algo Clara al casarse? Ni le pasa por la cabeza. Ni a ella.

Cada dos, un contrario. Caminás sobre el sonido. El viento más frío sopla desde los bordes del miedo. Que ha sido escrito. La pasión no es natural. Pero el cuerpo y el alma tienen los moretones de la melancolía, fruto de lo seco, lechos torcidos. La pérdida destiñe la piel. A veces devorás manzanas, en otras ocasiones mordés tu mano.

III

CLARA Y ROBERT, UN MATRIMONIO

HACIA LA FELICIDAD, hacia *El clave bien temperado*, Robert, quizá desafortunadamente sus dos almas, sus estados de ánimo caprichosos, ahora hacia *Du meine Seele*, todo a su alrededor, una celebración de la voz.

La forma se define según el año. Pero se estira contra la moderación: “fragmentos, aforismos, el goce puro de lo extraño”. Sumergite, de cabeza, en sus miedos. Teclas superpuestas: la enorme melodía, la constante, podría perderse en finales presuntuosos. Luz dorada, ni un espacio

en blanco yace en tus preocupaciones, un cuerpo a cuerpo espléndido, relaciones de agrado y sorpresa dignas de ser deseadas.

Ahora mirá a Robert. Su nueva severidad y los baños de sol. Va a forjarse a sí mismo con una lapicera oxidada. Nada de emociones fugaces, estampidas repentinas, semicorcheas que llevan volando el interés hacia fundidos fluidos. En su lugar, el viejo dosel para clavar el tiempo en compases, cuadrar lo intrincado en lo simple. Así, es elocuente; así devora poemas y los fija, la métrica lenta, algunos en la osadía cromática conocida como el rojo más despiadado de la rosa.

“Clara ha sido de gran ayuda con la orquestación”.

El paso y el saludo más relajados, sus hombros no ensayan el peso de ataúdes, sumergidos en una séptima disminuida, salen a empujones de la tonalidad en una elevación de alas que abren su textura plumosa, el misterio del plumón. Ya sea debido al vértigo o al temor de la conversación informal, cava hacia acordes domésticos, más gruesos, más enmarañados.

Y Clara. Frescos y verdes, tus momentos, remachados en luz. El amor bajo tu piel. El color nuevo de las teclas. La mañana misma te acaricia, música secreta, antes de que las escalas empiecen a correr junto con los pies de los niños.

Clara sobre la música: no es para hacerles cosquillas a los oídos. Me siento más

claramente íntima. Estar embarazada es una doble respiración, una segunda voz que entra, un arroyo subterráneo. Más elementos comprimidos en una relación, en círculos más pequeños. Hay solo dos pecados: negar el sonido, negar el silencio. Juntos dejan que el alma se mueva a través de su espacio interior.

Pero muchas veces impaciente por practicar: “La música es mi vicio, mi secreto placer y desapego”. Paredes delgadas, su mal. La confluencia de sonidos. En el mismo sueño, envidia y deseo: tallar en un aire demasiado profundo para nuestros errores. Un arroyo estático.

Con qué autoridad, anhelante, los ojos en su piano, la composición precede a la interpretación, el esposo precede a la esposa,

y bebés, bebés. Corré. Tres niños por la casa. Volvé a nombrar las dimensiones Marie, Elise, Julie, la canción cortada, repetida, vuelta hacia adentro y hacia afuera, la voz a punto de dormirse.

Una cuadrícula compleja, los campos del amor, la manera en que tu madre te trajo al mundo por las calles de Leipzig, la manera en que la piel de Robert se alarga dentro de tu cuerpo, el nombre envuelto en carne. Un ajetreo mojado. La tierra verde y embarazada otra vez.

“¿Qué será de mi trabajo? Pero Robert dice que los hijos son una bendición”.

Alrededor de él, tu cuerpo.

Técnica y pasión, inteligencia, gracia. La disonancia retratada como disonancia, un fuego se despliega, eléctrico. A pesar de tu atención al significado, tu cuerpo hace resplandecer todo el poder de la partitura, gira y ensancha nuestro vértigo.

Clara, recibís cartas cubiertas de azúcar. Tu toque se vuelve verde en la zarabanda. Su vida, estacional; la sensación de caminar en el pasto o en la nieve. Ni estupor ni bravura ni cascadas de brillo. Tocás, como la compositora que sos, con escrúpulos. Aunque nunca transparente. Esa ilusión, no. Un útero enlaza la sangre.

Corré. Tres niños por la casa. “¿Qué será de mi trabajo?”. Robert dice que la procreación es música, un compás robado de temblores, del miedo a la muerte.

Alrededor de él, niños.

Hacia viajes. Sostenés la cabeza erguida. Pianista y esposa. “Desearía que interpretaras mis sentimientos con un poco más de generosidad, que enfatizaras la amabilidad que para mí es central. También le debo a mi reputación no retirarme del todo. Me habrán olvidado en unos años cuando tal vez nos *gustaría* ir de gira”.

A Robert le gustaría estar quieto.

Clara, no te perdonarán. Tu secreto placer y desapego. Los cachetes sonrojados, te montás a la plataforma, cabalgás por sus tormentas tambaleantes.

“Compañero de Clara”.

“El esposo de la artista”.

“Ah, Herr Schumann. ¿También es amante de la música?”.

Clara, sos demasiado exitosa. Este dolor repentino en tu dedo puede llamarse de muchas maneras distintas. Con razón no podés explicarlo. La pérdida de 400 florines o una burlona deriva de las teclas. Solo una tímida luz de la luna. La claridad de la pasión no es natural. A Robert le gustaría estar fuera de lugar. Debemos permitir que el viento sople desde los bordes del miedo. *Du meine Seele*. Una melancolía densa se asienta sobre la partitura.

Alrededor de él, tus dedos.

El magnífico fuego de la música y la interpretación. Una llamarada de lo que es para siempre, de una vez. Abruptos cambios de clave para exorcizar el miedo a la muerte. Choques a través de la modulación clásica, color agudo, intensidad relajada. El tempo duro le saca a él la respiración de la cabeza.

Corré. Cuatro niños por la casa.

El tiempo pasa lentamente, una línea de bajo que aumenta de peso. Clara, tus interpretaciones se pasan. Transitan de las teclas al suelo. Te abatás y cultivás el segundo tema cuando la soledad de alguien basta para montarse a horcajadas sobre dos banquetas para piano. Después, cuando amenazan sus ataques de olvido, miramos la puesta de sol *en forme de variations*. Ni un movimiento desaprovechado, pero no es ninguna sorpresa que los rayos rojizos y avasalladores se diluyan en filamentos sedosos.

Robert cría temores, Clara, hijos, y entierra uno. Resulta tentador insinuar. Quien se para en el viento se saca la piel. Demasiadas notas como polvo. Lo práctico es demasiado pesado. La idea de un ancla lo expulsa de su estilo.

La repetición. Un ancla. Inflexible, un glóbulo blanco. Él se acordará de ahogarse, de cavar más profundo en su temor, no debido al cuarto dedo, sino a un pulso insoportable.

IV

CLARA SUGIERE UNA CITA

¿ACASO NO PODÍA sostener una batuta?
Había estudiado, ¿no podía pararse en un
podio con composiciones suyas y una
esposa e hijos?

Conciertos de abono, práctica semanal. El primer ensayo resulta fácil de mezclar con la lentitud. La emancipación de la disonancia, la huida de centros tonales ya no puede considerarse una incapacidad técnica, sino un nuevo horizonte para juzgar como deficiente al oído.

Alrededor de él, el tempo.

La habitación llena de trinos de percusión. La orquesta de Düsseldorf dispuesta como un corazón, las cuerdas laten bajo el aire. El piano se abre con una amplitud noble, sin suavizar el impacto de su tamaño. Fervor general: una victoria sobre los metales agresivos con una quinta creciente digna de síncopas y delicadezas y moderación. El público se conmueve y aplaude.

La asimetría es incurable. A veces llega tarde el conocimiento. La imagen bajo el párpado. El espasmo rítmico. La expansión más reservada por medio de un movimiento lento adicional. Todos los tempos son demasiado rápidos. Comprimidos, melódicos, una gran escala de motivos mínimos, un pasamanos para que los cuatro movimientos se desplacen de manera segura sin miedo a caer, a la muerte o a temblores violentos.

Corré. Cuatro niños por la casa.

Clara demasiado segura, demasiado optimista, demasiado en blanco y negro, porque el piano. Corre. Clara. Su vida, competentemente, de ella, de él, amenazada y melancólica. Síntomas alarmantes, mayor frecuencia, 440 hercios, el la a su alrededor, el viento frío le pisa los talones, se casa con el río.

La complejidad no es confusión. El color inunda las regiones tonales, su peso es dominante. Él no puede pensar en notas aisladas. Es más difícil aún colocarlas todas en un barco. Con las definiciones a bordo, pilotea hacia un ideal de la forma, les da gripe.

Alrededor de él, la repetición.

El tiempo durante el cual Robert se para en silencio, algo común entre los hombres solitarios, juzgado como inapropiado para un director: ¿tardar media hora en bajar la batuta? Incapaz de explicar la nota en su cabeza, el río que espera, la razón, las partes por corregir, el silencio insistente. No se había dado cuenta de que las cuerdas se habían detenido, el coro ya no estaba.

Corré. Cinco niños por la casa.

Robert receloso, con altos muros, la respiración de un río en su garganta, difícil imaginar que es menos generosa la nítida trama del viento procreador que perderse en un acorde.

Presa de este tema, presa del pánico. La repetición audaz hacia la quietud, peligrosa, más que la fantasía habitual. Se cierra el círculo. Todos los caminos conducen al la. Síntomas alarmantes, ataques de temblor, el la en sus oídos, el la a su alrededor, la orquestación dolida y el horror de los arpegios.

Clara toca. Sus dedos contienen *alternativos* imposibles. Contener es melancolía, pero ¿qué otro resguardo? Clara, tocá. Tu panza hinchada. Alrededor de él, ya es tarde. El tema entra con una desnudez conmovedora, una iluminación momentánea, mientras borda secuencias con gratitud y no abandona, no abandona ni una sola nota.

Corré. Cinco niños por la casa.

“El ruido de la noche de carnaval se convierte en silencio. El reloj de la torre da las seis”. Séptimas verticales se desvanecen por el río. Ahora él camina con una voz diferente. Sin preparación. Empuja hacia la perplejidad el cambio de tempo para quitarse el hedor glandular sostenido. Alrededor de él, lo abrupto. Se sumerge, la mayor, en el Rin. Todos los tempos son demasiado rápidos, todas las notas son la, todas las teclas de Clara.

Gritos azules. El cielo, el río, el la, estridente, cuelga entre sus ojos, un dolor azul en el medio, sostenido entre giros bemoles. Desgarrada, la tensión tropieza y cae en repeticiones, su forma, su forma, su forma. Un dedo en cabestrillo enganchado a las estrellas, desesperado por su frescura constante. “Clara, mi Clara, el Rin...”.

V

CUANDO A UN TRINO NO LE
SIGUE NOTA ALGUNA,
AL FINAL, POR EJEMPLO,
LA INTERPRETACIÓN DEBE
VALERSE POR SÍ MISMA

ACORDES DISONANTES, agotado por la aprensión, Robert pescado de su Sinfonía por barqueros, cada día de su muerte azul bajo tu piel.

“Clara, mi Clara, siento como si me enfrentara a una calamidad terrible. Qué horroroso sería no poder verte de nuevo. El la, el la infernal suena en mis oídos, no me lo puedo sacar de la cabeza”.

El dolor azul en los pulmones, una evolución sumamente atrevida, un nuevo mundo tonal, igual cantidad de placer divino y de quietud equivale a una secuencia. Si todas las notas son la, una docena de tempos aspiran las nubes.

Ejemplo: baños fríos. “Tengo mucha fe en el poder curativo del agua”.

Clara, tus dedos permanecen despiertos en la noche larga. Corré. Seis niños por la casa. Tenés motivos para comparar la aflicción con Düsseldorf. *Nachtstücke* y *Kinderszenen*, sus tranquilas divagaciones, en retrospectiva, una lectura incorrecta. Clara, que se derrumbó, una intérprete que sueña con un largo y verde verano, que saltó, una compositora, del puente, sin padre ni madre,

sin preocupaciones y se derrumbó. Esto en variaciones (“Sobre un tema de Robert Schumann”).

Alrededor de él, el Rin. La destrucción salpicó hasta el techo. ¿Celosa, Clara? Él se lanzó primero, la primera piedra. Todos los locos son hermosos. Su cuerpo, amuleto desnudo bañado hasta alcanzar la suavidad. Ahora no tenés elección. Corré. Seis niños por la casa. Nada de entregarse a los temblores que atacan a las teclas desde tu mano. No podés darte el lujo de abandonar la nave. Hundirse en la depresión es un largo azul que debe detenerse. ¿Lo podés detener?

Para protegerse de las epidemias, el colegio de médicos aprueba el disparo de armas. El

toque de una pianista, un asunto personal, intangible. Demasiado profundos y serios tus ojos (azules). Tu contraste entre la realidad y la diferencia, entre la pena. Él, tu amor. Entrá de la única manera en tu cuerpo. El amor, un asunto de glóbulos blancos. ¿Por cuánto tiempo podrás pararte sobre las puntas de tus dedos? Sus labios se te acercan desde un vendaje de neblina. Se lo debés. Otro hijo, otro extraño. Seis niños no bastan, no bastan para ahogar la nota en su cerebro y a su alrededor.

Clara. Un programa de viajes continuos. Seis niños quieren cenar. Las teclas se abren paso por el aire. Clara, dedicada, una de nuestras mejores, se aferra desesperadamente a las teclas que se escurren de entre sus dedos, las obras de Robert Schumann casi ahogadas, una herida alojada bajo la piel. Clara, tu

tristeza, te la guardás, *alternativo* imposible, cavá en el teclado, el tacto convertido en dolor.

Clara, tocás vos la parte más difícil, tocás tus pérdidas, aguantando. A menudo perdés tu última risa partida. Los materiales se desgastan. La mañana se alza en tu contra, sin resonancia. Harta de aplausos. Alguien debería tomarte la mano. Nervios fuertes, corazón regular, su cabeza todavía flota en el Rin.

Corré. Siete niños por la casa, siete niños temerosos del trueno, siete niños en cama con sarampión, uno en su tumba. Y Robert. Un glóbulo blanco. El silencio aumenta hasta el techo, olas gelatinosas.

Robert se llevó la mano a la boca como de costumbre.

“Mire”, dijo el doctor. “Suele hacer esto”.

“Siempre lo ha hecho”.

“Sí, eso me dijeron”.

Clara, no lo ves. Todavía tenés esperanzas, remachás tus puños contra el la que llena tus ojos. El pasado se derrama. El pequeño Ludwig no puede ir a la escuela. La burla de la repetición no se puede remachar, lo remacha todo a su alrededor.

Recitales. Recitales. A veces el adagio se inunda, tus dedos vadean, espirales de recuerdos, la maestra de lo extrañamente familiar, los párpados palmeados cerrados, atascados. El marfil se desdibuja para hablar, lamentarse y empujar la exageración cromática hacia un alivio blanco.

Momentos de búsqueda, ahora todo ha cambiado, tu respiración se volvió gris. Tocás tu pasado, deseás estar allí, tu futuro, perdido en modulaciones apresuradas, se desliza entre cinco teclas, sufriendo el pasaje para romper ventanas, salidas de emergencia y la caída semitonal de vuelta al suelo. Rechazás la escalera, tu duda. Tan práctica, no. Qué lealtad, así de fuerte, asombrosa. Pero más y más tus huesos protestan. La piel duele sobre su dolor. Fatiga extrema, azul, mal estado de salud. Sumamente desesperada, mirando cómo las olas se derraman de la columna de él.

Un grado de imparcialidad, una intensidad que exigís de la interpretación y que das. Desgarralo entero del silencio según tu arte, como una sacerdotisa. “No creerías cómo aumenta la reverencia por Robert. No

puedo evitar sentirme triste, ya que fue aquí que él hizo tantos intentos fallidos”.

Ya no menciona tu nombre.

“Fueron todos muy amables conmigo, pero no veo indicios de una remuneración. La princesa me dio una pulsera tan horrible que no me la pude poner y, apenas llegué, la vendí y me enteré de que estaba hecha de plomo”.

Corré. Siete niños por la casa. Clara, tenés que tratar. Mantené abajo tu depresión. Tus ojos no están por encima del agua. Pesadilla tras pesadilla, el rostro del pez traga, una pasión por las parejas, ahora esposo ahora hijo, una ronda, una repetición, un círculo se

cierra, ahora un hijo. La repetición siempre ha sido fría, de labios azules, y nadie regresa.

“Desde mayo el proceso de recuperación se ha detenido”.

Sumergido en su miedo, la promesa del fondo. Ahora la ola oscura se ha plegado sobre él y la música celestial. Que recuerda, obsesionado por la quietud, pero aferrado a una voz fracturada, rompiéndose en susurros. Alrededor de él, la piel de un hombre muerto.

Todos los días de su muerte. Nada a qué aferrarse salvo por un dedo inútil, inmóvil, quieto, una tormenta en los pentagramas, bromas gastadas por una postal de placer. Su

Sinfonía renana, no aclarada a pesar de que se deslizó en el río. No lo podrán pescar.

“Me he orinado a mí mismo en el Rin como un ruiseñor arrastrado en vano hacia el miedo del tiempo. Confieso que su música es más hermosa, casi, casi, como respirar en tu agua azul. Sostengo que me canté a mí mismo hasta una sed profunda, interminable, como el deseo”.

Clara, no te perdonarán. Sobreviviendo. Y por cuánto tiempo. Demasiado práctica, demasiado competente. No es tuyo el sello del *pathos*. Clara, tengo que hablar con vos. Yo también admiro el don de la destrucción. Necesito tu ayuda en el largo camino hacia la muerte. Difícil. Para todos, salvo para quienes tienen los pies más firmes. Sostenés

las teclas, navegás los estrechos, el espacio de la música en las proporciones de sangre y aire. Fuertes los acordes, las cascadas de ángeles, la caída en el contrapunto y la conclusión entera.

Tocá algo para nosotros, Clara. Tocá la música que respiramos.



Agradecemos a Rosmarie Waldrop
y a Gale Nelson de paradigm press
su gentil permiso para traducir y publicar
Diferencias para cuatro manos
en nuestra pequeña casa editorial.

Rosmarie Waldrop (Alemania, 1935) es poeta, traductora y editora. Estudió literatura y musicología en la Universidad de Wurzburg y en la Universidad de Friburgo antes de emigrar a los Estados Unidos a fines de la década de los cincuenta. Allí estudió en la Universidad de Michigan, donde obtuvo un doctorado en 1966. Se casó con el poeta y traductor Keith Waldrop, a quien había conocido en Alemania. En 1961, los Waldrop comenzaron a editar la revista literaria *Burning Deck* y posteriormente fundaron, con el mismo nombre, una de las editoriales más influyentes e innovadoras de poesía estadounidense y extranjera. Waldrop ha escrito más de veinte libros de poesía, ensayo y ficción. También ha recibido distintos reconocimientos por su labor como traductora, entre los que destaca el premio Harold Morton Landon por su traducción de *The Book of Margins*, del escritor francés Edmond Jabès. Desde 1968 vive en Providence, Rhode Island.



Esta plaqueta fue maquetada, impresa y encuadernada en un apartamento en Villa Crespo bajo la supervisión de la Felu. Para su composición se utilizó la tipografía Bembo. El papel del interior es bookcel ahuesado de 80 gramos.

La pasión no es natural. Pero el cuerpo y el alma tienen los moretones de la melancolía, fruto de lo seco, lechos torcidos. La pérdida destiñe la piel. A veces devorás manzanas, en otras ocasiones mordés tu mano.

Rosmarie Waldrop

